

Gloria

A DON OMAR DENGO

NEGROS y húmedos los ojos. Grandes, tristes... La cabellera larga y rizada. Dulce la expresión de su semblante. La palidez enfermiza de su rostro hacía verse el cabello más negro y la piel blanquísima. Su boca sonreía en tanto que sus ojos miraban con tristeza y con simpatía a la recién llegada. Tenía el traje roto, las manecitas y los pies morados. Había venido para ayudarle a Elsa, la hija del señor de la finca, que era muy bueno con su papá. El señor quería mucho a ñor Salvador y le traía a ella cositas de la villa. El señor la quería mucho y quería a los pájaros, a los bueyes, a las arditas y a todas las cosas del campo. ¡Ah! si el señor hubiera podido, se la habría llevado a la villa.

Gloria estaba contenta porque era, a la hija del señor, a quien tenía que ayudarle. Hacían la comida ligerito y después se ponían a conversar, se iban a buscar tricopilias, lluvia de oro, toritos, corpiús, lenguas de fuego y otras tantas orquídeas de las que en cada árbol del «Silencio» se encuentran.

La neblina les da a todas las cosas un aspecto fantástico en las fincas del «Silencio». De los hombres y de las cosas sólo se ve la silueta. Allí todo hay que adivinarlo. Ni las aguas al correr hacen ruido. Solo de vez en cuando se oye cantar un jilguero. Las flores del montano saturan los potreros y todo es dulce y triste en el «Silencio». De lejos apenas si se distinguen los árboles; pero al acercarse, tras el velo de la neblina se descubren en toda su gloria las lenguas de fuego, las guirnalda de musgo blanco como la barba de viejo, dorado como las flores de jaral, gris como la nota del silencio y verde como el pasto recién nacido de las fincas que se extienden desde Los Angeles hasta San Carlos.

¡Qué de cosas desconocidas y admirables descubrieron en los árboles Gloria y la hija del señor a quien siempre acompañaba!

El día pasaba en un abrir y cerrar de ojos y en la noche, en tanto que los cocuyos alumbraban en el corredor con una luz como la de la luna, el señor, Elsa, ñor Salvador y Gloria, sentados junto a la lumbre se disponían a leer los admirables cuentos de Carmen Lira y los de Octavio Jiménez. Elsa leía siempre y el señor no se cambiaba por nadie cuando la oía leer. Había sido desde chiquita su ilusión y habían estado juntos tan poco tiempo, que se imaginaba que se la habían prestado y cuando menos lo pensara, se le iba a escapar de las manos. Se sentaba siempre a la par de ella y era todo oídos cuando ella leía y todo ojos cuando ella, con el gesto, se ayudaba a explicarle a Gloria las cosas que no podía entender. Gloria tenía siempre una cara muy triste de pensar que ella no podía leer y que ñor Salvador no la quería tanto como quería el señor a Elsa.

Ñor Salvador como que oía y como que no oía, y de vez en cuando se levantaba para buscar entre el rescoldo los plátanos maduros y ver si ya estaban asados. Después de una media hora de lectura, Gloria servía el café y los plátanos y ñor Salvador apenas había terminado de tomarse el café, decía que era mejor irse. Elsa y el señor se quedaban levantados hasta acabar el cuento y una noche lloraron un gran rato por Canducha.

Gloria sabía siempre el cuento entero aunque ñor Salvador se la llevara, porque Elsa estaba deseando que amaneciera y que llegara el día para contarle el pedazo que no había oído. Un día, cuando Gloria vino, encontró a Elsa muy ocupada acomodando todas las cosas en una valija y los utensilios de cocina en una gran canasta de las que vienen llenas de botellas de coñac. Ñor Salvador andaba trayendo los bueyes overos y el fuego estaba apagado. No había nada que hacer.

Gloria comprendió que Elsa y el señor se iban ya del todo y quién sabe cuándo volverían. Con ellos se iban Canducha, la Vieja Belga, La Cucara-

chita Mandinga, La Flor del Olivar, La Suegra del Diablo y Juan el de la Carguita de Leña, que por ser tan bueno, como ella, lo creían tonto.

¡Qué sola iba a quedar la casa!

Si siquiera se quedaran con ella los cuentos de la Tía Panchita. Pero ¿para qué? ella no sabía leer.

De pronto ya no pudo aguantar más y se puso a llorar. Elsa le dijo que en la villa tenía una amiga muy rica y muy buena y que tenía una chiquita muy linda y muy graciosa, que se fuera con ella y que su amiga le daría permiso de ir a la escuela y de aprender a leer a cambio de que cuidara la chiquita y la llevara al Parque todos los días. Más tardó Elsa en decirlo que Gloria en desaparecer y reaparecer con un motetico debajo del brazo y los pies muy limpios para no ensuciar el colchón de la carreta. Ella nunca había ido al pueblo, ni sabía donde estaba la escuela, ni la iglesia, ni el teatro. Ella quería verlo todo. Elsa le explicaba donde quedaban todos esos lugares y Gloria deseaba ponerle alas a la carreta para llegar pronto. Por fin llegaron a la casa y Gloria la encontró muy bonita, porque ella sólo había visto ranchos y casitas muy chiquitas como la del señor en la finca. Lo que más le gustó fué la luz eléctrica. Era tan incómodo leer con candela o a la luz de la lámpara. Gloria no podía esperarse al día siguiente. La misma noche se fué a conocer la escuela, le dió una vuelta a la cuadra y se vino a acostar. Pasó la noche entera recorriendo en sueños las tiendas para comprar libros con muñecos pintados, llorando por la muerte de Platero y riéndose de las picardías de tía Zorra. Cuando se despertó todavía tenía ganas de reír.

Era domingo, y a la salida de la misa la señora amiga de Elsa vino para llevársela y Gloria se fué con la gran ilusión de conocer a la chiquita y de ir el lunes a la escuela. Elsa le había ofrecido regalar un cuaderno y un lápiz antes de salir del pueblo para volverse a la capital. El lunes sería un mal día para Gloria porque Elsa tendría que separarse de ella durante un año y quién sabe si podría volver a

LA MEJOR

Fábrica de siropes y bebidas gaseosas

JUAN LUIS CAMPOS

Calle 5ª sur, entre avenidas 6ª y 8ª sur
Nos. 650 y 656

TELEFONO No. 190

APARTADO No. 935

SAN JOSE, COSTA RICA

Un llamado

Escribiré acerca de todo libro que se me envíe a mi dirección, especialmente si es poesía, ensayo, filosofía, sociología y psicología.

R. BRENES MESÉN

P. O. B. 31. Univ. Station.
Syracuse, New York.

U. S. A.

GRAN

HOTEL METROPOLI

Unico en su género

Calle 4ª Sur y Avenida 2ª Oeste.

Teléfono Nº 861-Apartado Nº 1193

Comida exquisita - Cuartos muy cómodos

— Menú especial: —

Jueves y Domingo

Victor Céspedes Duke, Propietario.